

que hablo en vuestro nombre, y según los favorables designios de vuestra misericordia. Nosotros nos dirigiremos y encaminaremos á Vos con un santo temor, pero al mismo tiempo con una gran confianza. Vuestra Divinidad (que toda entera está oculta en vuestro Sacramento) nos llenará de un religioso temor; pero á un mismo tiempo, vuestra infinita bondad (que en este mismo misterio derrama con una especie de profusion todos sus tesoros) nos animará con una filial confianza. Considerando nuestra indignidad, exclamarémos como San Pedro: Apartaos de mí, ó Dios mío, porque soy pecador, y nada mas: *Exi à me, quia hemo peccator sum.* (a) Pero confiando, como el mismo Apostol, en vuestra gracia, permanecerémos en vuestra presencia, y os diremos, á quién otro hemos de recurrir, Señor? Separandonos de Vos, en quién encontraremos la salud y la vida? *Domine ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes.* (b) Vos, Señor, nos recibireis, Vos mismo vendreis á nosotros y á nuestro interior, os comunicareis Vos mismo á nosotros, y os hareis sentir interiormente en nosotros, hasta que podamos cara á cara, y sin velo alguno contemplaros y poseeros en la eternidad feliz, á la que esperamos ser conducidos.

(a) Luc. 5. v. 8. (b) Joann. 6. v. 69.



SERMON

PARA EL DOMINGO TERCERO

DESPUES DE PENTECOSTES.

De la severidad christiana.

Erant appropinquantes Jesu publicani, & peccatores, ut audirent illum. Et murmurabant Pharisæi, & Scribæ, dicentes; quia hic peccatores recipit, & manducat cum illis. *Luc. cap. 15. v. 1. 2.*

Los publicanos y pecadores se acercaban á Jesus para oírle: pero los Fariseos y Escribas murmuraban, diciendo: Este hombre recibe los pecadores, y come con ellos.

Los Escribas y Fariseos murmuraban, dice San Gregorio Papa, condenaban la conducta del Salvador de los hombres, y la acusaban como demasiado benigna é indulgente para con los pecadores, porque no conocian el verdadero espíritu de la santa Ley que habia venido á anunciar al mundo. Llenos de soberbia, y de orgullo afectaban una falsa severidad, y hubieran creído profanar su Ministerio si comunicáran con almas delinquentes, y las admitiesen á su trato: pero esta es la gran diferencia que se advierte entre la pretendida

santidad de los Fariséos, y la santidad Evangélica; la una es severa hasta hacerse inexorable, y hasta ahogar todos los afectos de una justa compasión; y la otra no desprecia ni desdeña persona alguna, compadeciéndose de las miserias espirituales del proximo, y buscando los medios de aliviarlas: *Vera justitia compassionem habet, falsa detestationem*. Por lo que no debe causar admiración (segun la diversidad y oposicion de caractéres) que estos Fariséos y Escribas se escandalizasen de ver á Jesu-Christo entre los pecadores, predicandoles su Divina palabra, enseñandoles los caminos de la penitencia, y visitandolos y comiendo con ellos á su mesa: ni nosotros debemos tampoco admirarnos de que el mismo Hijo de Dios, sin atender al injusto escándalo de estos falsos devotos del Judaismo, y sin hacer caso de su severidad y sumo rigor, llamase cerca de sí, como buen Pastor, á sus perdidas ovejas; que trabajase por volverlas á su rebaño, que las hiciese oír su voz en su extravío, y que las acogiese con suavidad y dulzura quando volvian: *Quia hic peccatores recipit, & manducat cum illis*. En todo lo que he dicho, qué os parece que intento declarar? Es acaso, que este Hombre Dios para atraer los pecadores lisonjaba el pecado? Es acaso, que les manifestaba un camino espacioso y comodo, faltando severidad y rigor en su moral? No hay mas que exáminar y consultar su Evangelio para desengañarse de un error tan grosero. El era severo, pero como convenia, y con un conocimiento y ciencia del todo Divina; pero los Fariséos usaban de severidad donde no era menester tenerla, y no eran rigurosos quando debian serlo. Esto me presenta un motivo muy natural para hablaros hoy de la verdadera severidad, y daros de ella la idea que debeis tener, distinguiendo la severidad christiana de la farisaica, y exponiendo la una y la otra á vuestra vista, para hacer os conocer de este modo los escollos que debeis huir en el camino de la salvacion, y qué rumbo habeis de seguir para evitarlos. En esta clase de asuntos es particular-

men-

mente en los que tenemos necesidad de las luces y asistencia del Espíritu Santo, que es Espíritu de discernimiento y de verdad. Pidamoslas por la intercesion de Maria, y digamosla: AVE MARIA.

Si la pérdida y condenacion del hombre consiste en él mismo, segun el Profeta en otros tiempos se lo decia á Israel: *Perditio tua, Israel*; (a) yo puedo decir por una regla del todo contraria, y contando primero con la gracia (como un principio que necesaria y absolutamente se requiere) que consiste tambien en nosotros mismos, y en nuestro propio interior nuestra santificacion, y nuestra salvacion. Para hallar la verdadera santidad, y juntamente la verdadera severidad del Evangelio, no la debemos buscar fuera de nosotros, sino en nosotros mismos; porque en nosotros reside, ó á lo menos en nosotros debe consistir. Me explicaré. Qué era la severidad de los Fariséos? Una severidad puramente exterior, que no zelaba sino las ceremonias de la Ley, las antiguas tradiciones, y los ejercicios públicos de la Religion. Ellos santificaban el exterior del hombre, pero no santificaban el hombre; porque lo que propiamente es el hombre, y lo que en él es esencial, es el espíritu y el corazon, y á nada de esto se extendia la severidad farisaica, siendo en esto, por el contrario, en lo que principalmente se funda la severidad christiana, y de lo que forma su primera máxima. Os suplico que pongais atencion para que comprendais el designio, y division de este discurso. La severidad de los Fariseos era respecto del espíritu, una severidad presuntuosa, y obstinada en sus juicios; y respecto del corazon era una severidad apasionada, y violenta en sus sentimientos; pero opongo á estos dos señales, que son el distintivo de la severidad christiana: la una es la docilidad de espíritu, como lo vereis en la primera parte; y la otra la mortificacion del corazon, como os lo manifestaré en la segunda. La docilidad del es-

pi-

(a) Osee. 13. v. 9.

piritu sirve para sujetar sus juicios; y la mortificación del corazón para vencer las pasiones. Estos dos puntos merecen toda vuestra atención.

PARTE PRIMERA.

Renunciar lo que cada uno piensa saber y entender, es decir, renunciar su propia razón, sujetandola á una autoridad estraña, ó á las luces y reflexiones de otro, es cosa que tengo por una de las mas severas y mas perfectas renunciaciones; porque la razón es la mas noble potencia del hombre, y por la que él se manifiesta mas zeloso. Pues con todo, es preciso llegar á este extremo para verificar la palabra de nuestro Divino Maestro: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum.* (a) El que quisiere seguirme ha de renunciarse á sí mismo. Pues cómo es posible renunciarse á sí mismo, y estar aun unido á lo que hay mas intimo y mas esencial en nosotros mismos, qual es el propio juicio y razón? Y á la verdad (como dice San Bernardo) mientras nuestro propio juicio reyne y domine en nosotros, las cosas mas duras y asperas se nos harán faciles y suaves, porque vienen á ser conformes á nuestro gusto. En efecto, qué no se trabaja, y qué no se padece, quando se trata de conseguir lo que por un capricho nos hemos propuesto, y quando queremos seguir el rumbo que por un juicio particular hemos determinado seguir? Y al contrario, qué repugnancias no se sienten, quando hay quien se oponga á sus pensamientos, y quando ven impugnadas sus opiniones? Qué repugnancias no hay que vencer aun en las cosas por otra parte mas faciles, luego que estas no se conforman con nuestros principios, y si se oponen á nuestras preocupaciones? Qué esfuerzos no hay que hacer, y qué violencias no tenemos que sufrir, quando á pesar nuestro, y por mas que repugne á nuestros deseos, nos vemos precisados y reducidos á abra-

(a) Luc. 9. v. 23.

abrazarlas y seguirlas con sinceridad y buena fe? En esto es, hermanos míos (concluye San Bernardo) en lo que debemos reconocer la verdadera severidad que buscamos, y en esto consiste el estrecho camino que Jesu-Christo vino á enseñarnos, que es el camino de la salvacion.

Esta severidad es tanto mas christiana, y por consiguiente tanto mas agradable á Dios, quanto es mas lo que humilla al hombre, y abate mas las altiveces de su orgullo; este tiene su trono y asiento en el espíritu del hombre: con que desterrarle del espíritu es enteramente desterrarle del hombre. Hay cosa alguna que humille mas el espíritu, que lo que le sujeta, lo que le cautiva, lo que le obliga á contradecirse á sí mismo; lo que no le dexa hallar en sí recurso, y lo que le hace proceder con una docilidad de un parvulo, como San Pedro pedía á los fieles por primera disposicion para hacerse Christianos? *Sicut modo geniti infantes?* (a) Esta es una severidad que en todo y por todo contiene siempre al hombre en los limites de la recta y santa Religión, no permitiendole jamas dispensarse, ni exceder de las reglas que le están prescritas, haciendole depender en todo lo que concierne á la fe, de un Juez superior, y de las decisiones de la Iglesia, quitandole toda libertad de examinarlas, de explicarlas, y de eludir las; y sin atender, ni hacer caso de sus pretendidos conocimientos, exigiendo de él un consentimiento y una creencia ciega. Esta severidad impide los litigios y las disputas, y por este medio conserva en todos los estados la union, la caridad y la paz; porque la obstinacion en su dictamen, no solamente en la Iglesia, y sobre puntos de Religión causa divisiones, partidos y cismas, sino que si pudiesemos llegar al origen de tantas disensiones y disgustos como en el siglo, y en todos los estados del mundo turban las familias, y la sociedad de las gentes, encontraríamos que la mayor parte tiene su principio en esta terquedad y desgraciado empeño que los espiritus tienen en

Tom. VI. Dominicas.

Bb

no

(a) 1. Pet. 2, v. 2.

no querer ceder jamás, en no querer confesar que se han engañado, y en no ir ni hacer contra lo que sus preocupaciones è ideas les dictan. En todo esto es muy importante usar de una grande severidad consigo mismo; pues en quanto à los demas se practica con demasiado rigor, deseando con la mayor eficacia que se rindan à nuestras razones, que pasen por nuestras decisiones, que se sujeten à lo que determinamos, y que depongan y abandonen sus reflexiones y dictamen, por seguir y conformarse con las nuestras; pero tener nosotros el mismo modo de pensar y obrar que ellos, y arreglarnos à lo que determinan, es cosa à que ninguna consideracion es capaz de resolernos. Pues en esto, repito, es en lo que no solamente es bueno è importante, sino que es necesario que practiquemos las severidades del Evangelio: en este asunto es menos sospechosa, porque el amor propio tiene en él menos parte. En esto es mas austera, porque en ello hace un sacrificio mayor; y es finalmente mas meritoria, porque el merito crece à proporcion de la dificultad.

No lo entendian así los Fariseos; por eso la severidad que usaban era una severidad presuntuosa y vana. Ellos eran severos en sus ayunos: *Jejuno bis in sabbato.* (a) Eran severos en distribuir, ò en hacer distribuir à los pobres ciertas limosnas: *Decimas de omnium que possideo.* Y eran severos en observar à la letra, y hasta el ultimo rigor sus tradiciones: *Quare Discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum?* (b) Pero en quanto à lo demas, eran caprichudos y llenos de amor propio; teniendo por los oraculos del Pueblo, y como los solos maestros de la verdadera doctrina; creyendose que Dios los habia puesto para que la dispensasen, no queriendo recibirla de nadie, porque no se persuadian à que pudiera hallarse tal autoridad sino en ellos; por cuyo motivo, de todo quanto escuchaban apelaban à su propio tribunal, y à ninguno otro reconocian por superior. Aunque el Hijo de Dios hizo en

(a) Luc. 18, v. 12. (b) Matth. 15, v. 2.

su presencia los milagros mas grandes y maravillosos, no se dexaban convencer, ni aun con unas pruebas tan sensibles y evidentes; antes bien sabian hallar el modo de interpretarlas, y de eludir sus conseqüencias. Aunque fulminase contra ellos sus anatemas, las despreciaban; aunque les explicase las mas bellas y mas santas maximas de su Evangelio, le acusaban de poco severo, y demasiado indulgente. Aunque de todas partes recurriesen al Señor para obtener sus gracias, ó para escuchar sus divinas lecciones, le trataban no obstante como artificioso politico, y como à seductor. Aunque un hombre ciego de nacimiento curado por este Hombre Dios, les informase y diese noticia de una curacion tan singular y prodigiosa, è intentase discurrir y conferenciar con ellos para hacerles conocer el soberano poder y santidad de su bienhechor, se irritaban en el momento contra este pobre, y lo despedian de sí con ignominia y vergüenza; tu eres un pecador (le decian) y por tanto no te corresponde el intentar instruirnos: *In peccatis natus es totus, & tu doces nos?* (a) Vé y hazte Discipulo de ese pretendido Profeta, que nosotros sabemos muy bien à quien hemos de seguir, somos Discipulos de Moyses: *Tu Discipulus illius sis, nos autem Moysi Discipuli sumus.*

Manejandose de este modo, y obrando así, no habia cosa alguna que les moviera, porque eran de aquellos espiritus que nos dice el Evangelio, que muy pagados de su merito, y teniendo por los depositarios de toda la sabiduria de Dios, no se dignan de atender à nada de quanto pueda decirseles, ò advertirles, si no fuere conforme à las ideas que se han figurado; pareciendoles que nada es arreglado, ni justo, ni santo, sino lo que ellos han pensado. Ah, hermanos míos! Sin tantas abstinencias y ayunos hubieran sido mas solidamente severos, si hubieran sabido humillarse y sujetarse; si hubieran aprendido à ceder de su propio dictamen y juicio, con que tan obstina-

Bb 2

(a) Joann. 9, v. 34.

damente se oponian y resistian á las mas claras verdades; si con sinceridad hubieran reconocido la superioridad que el Hijo de Dios tenia sobre ellos: y si hubiesen consentido con un conocimiento sencillo de su flaqueza en ceder de su dictamen y modo de pensar, por abrazar y seguir los de Jesu-Christo. Quántos Christianos, que en la apariencia observan una estrecha moral, pondrian en practica mas santamente y mejor estas severidades de que se glorian, si la empleasen en hacerse mas dociles á las instrucciones que se les dan; si se sujetaran á los sabios avisos de un Confesor; si respetaran las decisiones de la Iglesia, y si callaran quando esta habla: no contentandose con solo callar, sino creyendo lo que cree, solo porque lo cree! Quántas mugeres, con menos austeridades de las que tanto desean, y de las que algunas veces son casi insaciables, serian mucho mas austeras, si violentandose util y saludablemente tuviesen cuidado de no ser tan obstinadas en ciertos asuntos, y muchas veces aun en sus devociones y santos ejercicios! Esto sin duda las molestaria, las fatigaria, y las desarreglaria; pero esta especie de molestia y desarreglo seria para ellas una penitencia mas severa que todas quantas pueden imponerse.

De esta presuncion que juntan á su falsa severidad se siguen dos grandes desordenes, sobre los que es preciso que yo manifieste mi dictamen. El uno es, que entregandose por lo comun á sus propias ideas, usan de la severidad hasta llegar al error: y el otro es, servirse de la misma severidad para acreditar y mantener el error. Este es un punto muy importante, y muy digno de vuestra atencion. Porque no quieren creer sino á sí mismos, llevan la severidad hasta el error; este es el primer escollo: porque por grande que sea la perfeccion que Jesu-Christo ha dado á esta severidad de costumbres, que hace una de los caracteres mas propios de su Ley, es forzoso confesar que tiene sus limites; y como en otros tiempos, instruyendo San Pablo á los Fieles, les encomendaba entre otras cosas que evitasen un cierto exceso, ó diciendolo mejor, una cierta intemperancia en saber, que excedia á los

los justos limites de la razon y del Evangelio; y que aunque queria que fuesen sabios, habia de ser (segun el mismo Santo lo expresa) con discrecion y con sobriedad: *Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*; (a) del mismo modo es verdad, que en la practica y exercicio de la Christiandad, hay una severidad excesiva opuesta á las reglas de la fe, cuyas conseqüencias no son menos temibles que las que pudieran proceder de la relajacion. Con efecto, no han tenido su origen de este principio tantos cismas como han turbado la unidad de la Iglesia! Esta severidad mal entendida, y sostenida por el zelo de un espiritu inflexible y obstinado, no ha formado las heregias en toda la sucesion de los siglos? Todas las sectas de los abstinentes, de los penitentes, y de los continentales, que se han manifestado en el mundo, y en él se han multiplicado y esparcido, de dónde han tomado su nombre, y dónde han tenido su origen sino en la extrema austeridad que afectaban, fundada en el capricho y obstinacion de un dictamen particular? Quál fue la causa de la ruina de Tertuliano, y qué es lo que le hizo naufragar tan tristemente? No fue una terca fantasia, y caprichosa idea de guardar una regularidad mas estrecha que se figuró en el partido de Montano con la que se preocupó? Por qué causa se separó de los Católicos? No fue porque los tuvo por carnales, procurando siempre hacerlos odiosos con esta reprehension y esta nota, no habiendolos llamado de otro modo despues que se separó? Por qué los Católicos le trataron como á excomulgado? No fue porque endurecia, y hacia pesado indiscretamente el yugo de la Divina Ley, publicando ayunos extraordinarios, teniendo por un delito gravisimo las segundas nupcias, excluyendo á ciertos pecadores de la penitencia, y no teniendo por licito el que huyeran las persecuciones! Todo esto no procedia de un espiritu severo? Si Christianos: pero al mismo tiempo dimanaba de un espíritu que no reconocia suje-

(a) Rom. 12. v. 3. *Est cogitatis sibi non super, sed conformes sitis*

cion, que no escuchaba sino à sí mismo, y que no ape-
laba mas que à su propio juicio.

Qué era lo que predicaban los Pelagianos entre los puntos de su moral? Habia cosa alguna mas generosa que aquella general renúncia, el real y efectivo abandono de los bienes de la tierra, y la pobreza voluntaria que proponian à sus seqüaces? Sin embargo, este fue uno de los puntos de su heregia; porque pretendian que sin esta pobreza no habia proporcion alguna para salvarse. Jesu-Christo aconseja que se vendan los bienes, y se den à los pobres, pero ellos se propusieron, y se encapricharon en hacer de esto una ley absoluta, y quisieron mas separarse de la Iglesia, que reconocer en este punto su extravio y perdicion. Por dónde empezaron los Vodeses à levantar el estandarte, y declararse enemigos? No se señalaron principalmente por un zelo demasiado activo en reformar los Eclesiasticos, fundados en la razon que se figuraron, de que eran incapaces de poseer cosa alguna, confiscando por esto sus Beneficios y rentas, y obligandolos à que las renunciasen? Esto solo les ganó el afecto de los Pueblos, y no ignorais qué incendios causó esta centella encendida con el ayre del espíritu de discordia, y cuánta sangre costó al mundo christiano la ciega obstinacion de estos reformadores. Lo mismo casi se ha visto en todos aquellos que en materia de reforma y de disciplina se han dexado arrastrar de la vanidad de sus pensamientos è ideas en lugar de unirse à la Iglesia, que es la basa y columna de la verdad; y así, es un mal juicio, y peor discurso el decir: Esta doctrina es severa y enemiga de los sentidos, luego es buena. Este es un error, porque puede muy bien ser severa, y no obstante, falsa y pernicioso: y aun es mas dañoso y perjudicial el intentar defenderla à todo riesgo, y à toda costa desde que uno se declaró por ella.

Y ved aquí, llamados oyentes, una de las mas sutiles estratagemas del enemigo de nuestra salvacion. El sabe pervertir las almas, no menos con la apariencia de la austeridad, que con los ahagos del deleite, y su des-

treza ha consistido siempre en hacer que los mismos medios que usaron los Santos para sujetar la carne al espíritu, que son la mortificacion y la penitencia, se empleen por los Heréges para rebelarse contra Dios, y separarse de la obediencia de su Iglesia: como si este Principe del mundo, no satisfecho con los sacrificios y adoraciones que recibe de los Idolatras en el Paganismo, quisiera tener aun entre los Christianos sus Confesores y Martires, que tuviesen su gloria en mortificarse y crucificarse en honor suyo. Quién son estos sino los espíritus obstinados y rebeldes de que hablo, de los que no hallareis otro distintivo mas claro que este? Ellos son unos espíritus, tanto mas perniciosos (esta es una reflexion muy singular à que debeis atender.) Ellos son (digo) unos espíritus mucho mas dañosos, quanto para el fin de establecer una heregia, la apariencia de austeridad es, por lo comun, mas peligrosa que la corrupcion y la relaxacion; porque una heregia que se declara permitiendo la relaxacion de costumbres, no teniendo en sí cosa alguna que la dé esplendor y recomendacion, se halla combatida por los principios y razones de todas las gentes que piensan con arreglo; y como al mismo tiempo repugna à las maximas fundamentales del Evangelio con toda claridad y evidencia, por sí misma cae y se destruye: quando por el contrario, la que va acompañada de severidad, se adquiere por eso mismo un cierto credito que no se destruye tan facilmente: porque desde el principio gana à su favor todos los espíritus sencillos y bien intencionados, encontrando en su ignorancia y su obstinacion medios para fortalecerse y mantenerse. Esta es una reflexion que tiene confirmada la experiencia; y así vemos que las heregias mas severas en su moral fueron comunmente las mas contagiosas y malignas en sus progresos, y de las que con mas dificultad ha triunfado la fe de la Iglesia. Pero en fin, me direis vosotros: En caso de separarse de la verdad no es mejor, ò menos malo el estrecharse, y entrar en un camino mas aspero y penoso de la salvacion, que empeñarse en seguir el camino ancho de la perdicion, dándose

una libertad del todo repugnante? Yo, Christianos, os respondo, que ni lo uno, ni lo otro es bueno; ni puede mantenerse delante de Dios; porque desde que se apartan de la verdad se pierden del mismo modo por lo mucho, que por lo poco: ó mas bien, porque segun la bella observacion del gran San Leon Papa, el camino estrecho de la salvacion no está fundado solamente en la practica y en la accion, sino aun mas en la fe y en la creencia, que necesariamente supone la sumision del espíritu: *Non in sola mandatorum observantia, sed in recto tramite fidei arcta via est, quæ ducit ad Cælum.* De que se sigue, que luego que me separo de la verdadera creencia, aunque sea à la sombra de la severidad, y baxo el bello pretexto de seguir el estrecho camino, lo que me parece que es un camino aspero y penoso, no lo es para mí, porqué procurando evitar una relaxacion, caigo en otra mas digna de temerse, y mas culpable, qual es la de la fe.

Pero vengamos à nuestro asunto, y veamos qué debemos hacer para portarnos bien? Ah, Christianos, permitiera Dios que yo pudiera enseñaros à seguir este camino estrecho y seguro! Lo que debemos hacer es, no dar credito alguno à nuestras propias luces y conocimiento, ni dexarse deslumbrar y seducir, ni hacerse juez de la Doctrina Christiana, y de todo lo que pertenece à la conducta y arreglo de las costumbres. Tambien es preciso no tenerse por hombres infalibles, sino persuadirse à que siendo como los demas, estamos sujetos à engañarnos facilmente. Es tambien preciso no hacer empeño en separarse de los caminos comunes, formandose otros particulares que se estiman tanto mas, quanto han sido escogidos por nosotros mismos. Tambien es menester no sostenerlos ni defenderlos con obstinacion, por la vergüenza y confusion que causa el haber de confesar que se erró, y el ceder à los que sintiendo lo contrario triunfaron de nuestro dictamen, y condenaron nuestra ilusion. Tambien es necesario oír humildemente el oraculo que Jesu-Christo nos dexó en su ausencia, que es

su Iglesia, comunicarle todas nuestras dudas para recibir de ella la ilustracion y claridad correspondiente; recurrir à ella en todas nuestras disputas para terminarlas; sujetarnos con sinceridad y buena fe à sus sentencias sin despreciarlas con una cobarde prevaricacion, porque no se conforman à nuestra opinion ni à nuestro modo de pensar. Es preciso finalmente, para obrar como se debe en este punto, tener un grande imperio sobre sí mismo, sufrir una util y provechosa confusion, y humillarse profundamente: y esta es la prueba mas delicada y mas sensible. Yo no puedo decir mas, ni decirlo con mas claridad. En esto consiste el ser verdadera, y heroicamente severos segun el Evangelio; alguno podrá sufrir con una constancia firme todas las austeridades del desierto, y no tendria fuerzas para llegar à este punto de severidad.

Pero qué digo? Despues que la severidad los ha conducido hasta el error, por no reducirse ni sujetarse à semejante sumision se sirven de esta misma severidad excesiva y afectada, para acreditar y sostener el mismo error. Este es el secreto de que los Hereges se han valido en todos tiempos, y les ha sido tan util y conveniente como nos lo manifiesta la tradicion. En efecto no es esta la idea que de ello habia formado San Agustin mas ha de trece siglos, quando decia hablando de los Hereges, (cuyo genio y caracter habia estudiado y conocido perfectamente) que eran unos hombres soberbios y artificiosos, que por no conocerse despojados de la luz de la verdad, se cubrian con la sombra de una austeridad engañosa: *Hominnes superbia tumidi, quæ ne veritatis luce carere ostendantur, umbram rigidae severitatis obtinent?* No es esto mismo lo que Origenes entendió, quando aplicaba tan ingeniosamente à los Hereges la reprehension que Dios hacia à su Pueblo por el Profeta Ezequiel, de que habian tomado los ornamentos de su Santuario para adornar con ellos à sus idolos? Observad (decia este hombre sabio) con qué regularidad ayunan, se mortifican, y doman

su carne un Marcion, y un Valentiniano. Qué otra cosa son todas estas buenas obras, sino los adornos del Santuario y del Templo de Dios, con los cuales cubren sus errores, que son propiamente sus Idolos? Pero sin molestaros con hacer ahora una dilatada induccion, no es esto lo que hemos visto casi en nuestros dias en la heregia del siglo pasado, que para introducirse con mas honor y mas seguridad, primero tomó el nombre de *reforma*, afectando al mismo tiempo ciertos ejercicios y practicas, con el suceso que sabeis, y que todavia llorais? Bien la podemos llamar el mayor extravio de la Christianidad: pues él solo ha hecho una multitud de reprobos, y ha conducido un gran numero de almas à la perdicion, de que nunca las podremos libertar; y como todo el mundo aplaudia este nombre de *reforma*, millones de Christianos se pervertian: los seacillos se dexaban sorprehender, los libertinos sacudian el yugo de la Iglesia, y los politicos permanecian neutrales è indiferentes; pero todos se separaban y salian del camino de Dios, y segun la expresion de la Escritura, venian à ser inutiles para el Cielo: *Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt.* (a)

Si los que se dexaban arrastrar de este modo hubiesen estado ilustrados con el espiritu de la verdad, antes de empeñarse y alistarse en sus vanderas hubieran examinado la fe de estos pretendidos reformadores, y su carácter, y por la qualidad de su fe, y por el distintivo de su obstinacion, hubieran bien presto descubierto el artificio de su falsa severidad; porque (como dice admirablemente Tertuliano) nosotros no formamos juicio de la fe por las personas, sino de las personas por la fe: *Non ex personis probamus fidem, sed ex fide persons.* Y yo añado, que nosotros no juzgamos de las personas por las austeridades de la vida, sino por la docilidad del espiritu; aquella es equívoca, puede emplearse bien ó mal, se-

(a) Psalm. 13. v. 3.

gun lo bien ó mal que esté arreglada; pero la cristiana docilidad del espiritu, que nos sujeta à las ordenes y conducta de la Iglesia, nos asegura contra todos los peligros, porque entonces seguimos una guia que no puede engañarse ni engañarnos. No me digais, este hombre vive con aspereza, y es estrecho en su moral, luego nada aventuro en oírle y confiar en él; es una consecuencia falsa; porque con todo ese rigor puede tener una fe imperfecta, porque no la tiene sujeta y obediente; y puede obrar dirigido solo por un espiritu humano, que de sus mismas ideas se satisface complaciendose de ellas, preocupandose en favor suyo, y contra aquella entera sumision que debe al Espiritu de Dios que se explica por un interprete muy distinto de él. Esta es sin embargo nuestra comun flaqueza, que no nos permite jamas distinguir las cosas, haciendo que solo nos detengamos en las exterioridades, sin descubrir jamas el fondo; y parandonos solo en ciertas apariencias de severidad, sin querer examinar otra cosa, y sin observar si es una severidad segun la razon y el conocimiento dicta.

Pero qué hago? He subido à este puesto à predicar la relaxacion, y à condenar la severidad Evangelica? Ah, hermanos míos! Los Santos, y los Predicadores de la Iglesia, hablando en otros tiempos sobre este mismo asunto, y tratandolo aun con mas rigor que yo, intentaban acaso condenar la severidad del Evangelio? No permita Dios que asi sea. Los Padres reprehendian el abuso que hacian de la severidad los Hereses protervos y obstinados, procurando salvar por este medio un numero infinito de almas que estos espiritus rebeldes perdian, y pervertian desgraciadamente; pero condenando el abuso, no reprobaban la severidad en sí misma; antes bien exhortaban à ella à los Fieles con todo el ardor de su zelo. Haced, hermanos míos, (les decian) frutos dignos de penitencia, pero haceldos con el espiritu de la verdadera Religion, que es un espiritu de subordinacion y dependencia. Huid del mundo, renunciad sus diversiones, y observad siempre una exacta modestia; pero prac-

ticidad todo esto, segun las reglas y preceptos superiores, y no segun los vuestros; porque si no, es preciso que si por una parte os reformais, os pervirtais y os perdais por otra. Es posible, que porque querais ser mas austeros, hayais de querer ser menos obedientes y menos sumisos? No podeis unir la severidad de la doctrina, y la subordinacion á la Iglesia de Jesu-Christo? Si se introduce alguna relajacion entre vuestros hermanos, no podeis libertaros de ella sino con vuestra indocilidad? No veis finalmente, que esta indocilidad y obstinacion os quita todo el fruto de vuestra austeridad? Asi se explicaban estos Santos Doctores, y asi he creido que debia representaros y manifestaros este asunto, para hacer que entreis y sigais el recto camino de la verdadera severidad, para que os preserveis del primer escollo á que conduce una severidad mal entendida, y no os dexeis sorprehender ni deslumbrar por un vano esplendor de severidad, sino que conozcais en que debe exercitarse principalmente, para que en el exercicio de una vida severa no os atraygais de parte de Dios la reprehension que este Señor hacia á su Pueblo, quando decia: Vosotros ayunasteis, y si en vuestros ayunos me sujetasteis vuestra carne, pero no vuestro espiritu: *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra*; (a) y en fin, para que no tengais que arrepentiros despues sin fruto de que habeis trabajado inutilmente, y de que hasta el perderos y condenaros os ha costado mucho trabajo. Pero vamos adelante. Otro caracter de la severidad farisayca es que estaban violentamente apasionádos de sí mismos; quando al contrario, la severidad christiana, ademas de la sumision del espiritu, pide tambien la mortificacion del corazon y de sus pasiones, como voy á manifestaros en la segunda parte.

(a) Isai. 58. v. 3.

PARTE SEGUNDA.

Varias veces tengo hecha una reflexion (bien que despues de San Agustin) la qual puedo ahora aplicar á la materia de que trato; y es, que una de las ilusiones á que mas ordinariamente estamos sujetos, es figurarnos como una perfeccion aun delante de Dios todo aquello que nos agrada, y poner en un alto grado de santidad, no solo nuestras obligaciones y arreglados afectos, sino hasta nuestros vicios, y nuestras pasiones: *Quodcumque volumus sanctum est*. Este es, hermanos mios, (decia este grande Doctor) nuestro mayor desorden; todo lo que nos lisonjea es bueno y honesto; y todo lo que queremos, desde que á ello nos inclinamos es santo y perfecto; pero yo, Christianos, si me viera periculado á juzgar por esta regla, esto es, si hubiera de hacer concepto atendiendo á lo que el corazon se inclina, estableceria mas bien otra maxima enteramente contraria; y diria, que lo que nos lisonjea es lo que nos pierde, y que no queremos comunmente lo que es bueno y santo para nosotros; porque quando se trata de nuestra voluntad propia (y mirad que entiendo por voluntad propia aquella con que hacemos nuestro gusto, y á la que solo sirven de guia nuestros deseos y pasiones) entonces, lo que no queremos es casi siempre lo que debiamos querer, y lo que sería para nosotros mas conveniente y mas util; al contrario se ha de juzgar quando nos inclinamos á una cosa; á ella se va nuestro corazon, en ella se complacen nuestros afectos, tenemos satisfaccion en buscarla, y si la hallamos y poseemos se aquietan nuestros deseos, y nuestras pasiones se dan por satisfechas. Pues digo, que por lo mismo debo desconfiar, y tenerla por sospechosa, (poned toda vuestra atencion á este pensamiento) no solo por la razon general de que la mayor parte de mis inclinaciones estan corrompidas y contagiadas con el amor de mí mismo, siendome mas facil encontrar la perfeccion combatiendolas, que siguiendolas; sino porque promoviendo y fomentando mis pasiones,

me aparto mas del camino que Jesu Christo me ha enseñado, de aquel camino estrecho, digo, que conduce á la eterna vida, y fuera del qual no hay salvacion alguna. Procuremos penetrar todo lo que esta verdad contiene, reconozcamosla en el Evangelio, que todo entero se dirige á manifestarla, y descubramosla en el origen de la naturaleza misma de la cosa; y de estos dos principios, capaces de convencer sin resistencia, aprendamos, vuelvo á decir, á discernir en nosotros mismos la verdadera santidad, y por consiguiente la verdadera severidad, de la que no lo es mas que en el nombre y en la apariencia.

Qué dice el Evangelio, qué máximas son las que en él leemos? *In lege quid scriptum est?* (a) El Salvador del mundo se contenta con que renunciemos todos los intereses de la tierra? No hermanos míos, pues ya os he hecho observar, que no se para en esto solo. El nos declaró, que qualquiera que hubiere de ser su Discipulo, despues de haber renunciado todo lo que posee, debe estar dispuesto y determinado á renunciarse á sí mismo: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum*: (b) y esta renuncia de sí mismo, bien entendida y executada, es el punto mas difícil de nuestra Religión; porque segun la grande observacion de San Gregorio Papa, no es muy penoso ni trabajoso al hombre dexar todos sus bienes, pero siempre le es doloroso, y casi insoportable el desprenderse de sí mismo. En efecto, nosotros vemos almas naturalmente desinteresadas, modestas, y esentas de aquella codicia que tiene por objeto los bienes y riquezas de este mundo, y las ventajas de la fortuna; pero no vemos, ni jamas hubo hombres algunos que naturalmente fuesen inclinados á renunciarse á sí mismos. Este salir el alma fuera de sí misma, ó por mejor decir, este esfuerzo con que obra contra sí misma, no puede proceder sino de la gracia de Jesu-Christo, y de una gracia poderosa: porque

(a) Luc. 10. v. 26. (b) Luc. 9. v. 23.

qué quiere decir *renunciarse á sí mismo*, sino renunciar sus pasiones, sus inclinaciones, sus rencores y sus odios? Porque nosotros en el language de la Escritura no somos otra cosa distinta de esto, y este solo es el medio de querer salvar alguna cosa de lo dicho, y de poder decir á Dios que hemos renunciado á nosotros mismos. Yo convingo en que por un movimiento del Espiritu de Dios nos hayamos despojado de todo lo demas, y que hayamos abandonado los bienes y los honores del mundo, que están fuera de nosotros; pero si no obstante esta renuncia y abandono, nos hallamos vestidos de mil cosas, que segun la expresion de San Pablo, componen en nosotros lo que se llama *bombre de pecado*: si nuestro corazon tiene aun sus secretos lazos, si aun está lleno de deseos violentos; si aun conserva odios y asperezas, si la envidia le consume, si el orgullo le ensoberbece, y la ira le inflama; hallandose en nosotros todos estos vicios, y dominando ellos la mas noble parte que hay en nosotros, como es el corazon, estamos en estado de practicar esta negacion christiana, que consiste en estar enteramente desprendidos de nosotros mismos? Imposible es que yo siga á Jesu-Christo, mientras esté unido á mí mismo por el lazo de alguna pasion; con que es forzoso, so pena de ser reprobado y excluido del numero de sus Discipulos, que la renuncia que yo haga de mí mismo, llegue hasta aborrecer mi alma: *Si quis non odit patrem, & matrem, adhuc autem & animam suam*. (a) Y aborrecer mi alma, dice San Agustin, es en el sentido del Evangelio aborrecer mis propios odios, y mis propios afectos; porque aun quando todo el mundo estuviera exteriormente crucificado conmigo, y aun quando yo estuviera crucificado con el mundo (como dice San Pablo) si mi alma, no obstante, estuviera poseída de algun afecto, ó de alguna pasion á que no hubiera renunciado; pudiera decir del mismo modo que Saul (aunque en un sentido muy di-

(a) Luc. 14. v. 26.

diferente) que toda mi alma está aun en mí : *Ahuc tota anima mea in me est* ; (a) esta alma , digo , que Jesu-Christo quiere que aborrezca , y segun la qual me manda morir , si deseo vivir en su Magestad.

Esto es lo que el Evangelio nos enseña , y está fundado sobre la naturaleza del mismo asunto , y sobre la primera qualidad de este camino que Jesu-Christo vino à manifestarnos , y que segun la fe es un camino de severidad y rigor ; porque el que dice *severidad* , dice oposicion à su voluntad propia , que antes intentaba conseguir lo que se proponia , y despues se sujeta al yugo de otra voluntad , que la contradice , y se le opone ; siendo el mayor de todos los abusos , que un Christiano se tenga por severo , quando en nada se violenta , y quando su razon está siempre conforme , y en una perfecta inteligencia con su pasion , pues aun el acortar los placeres , y minorar los intereses (que tanto cuesta à la naturaleza) no es propiamente severidad respecto de nosotros , sino en quanto del placer y del interes nos formamos unas pasiones que es forzoso violentar para sujetarlas à la razon , constandonos con evidencia (por poca experiencia que tengamos de nosotros mismos) que una pasion que tengamos que reprimir y destruir sin algun otro interes , es para nosotros un sacrificio mas penoso que el de todos los intereses del mundo , en que nuestra pasion no tiene parte alguna.

Si esto es cierto generalmente hablando de la severidad de costumbres , mucho mas lo es hablando de la severidad christiana , de la que en el dia nos instruimos ; porque esta es , hermanos míos (decia San Juan Chrisostomo) la que nos distingue , y la que hace al merito de nuestra Religion. La Ley christiana que profesamos se ha tenido siempre por la mas exacta y mas rigurosa de todas las Leyes ; y sus enemigos mismos no han tenido valor para disputarla esta ventaja ; pero esta singularidad no la

(a) 2. Reg. 1. v. 9.

pertenece , ni le es tan propia , sino porque jamas ha habido ley alguna que haya sido mas contraria à las pasiones de los hombres ; porque qué guerra mas abierta y declarada se puede hacer à nuestras pasiones , que obligarnos , como nos obliga , aun hasta contener los primeros movimientos ? Ella nos prohibe los mas sensibles deseos , no nos permite las mas leves complacencias , y no concediendonos cosa alguna por donde la violencia , ó el disfrazado veneno pueda ganar algun partido sobre nuestra libertad. Qué señal mas evidente de su severidad puede darse , que esta continua oposicion ? No hermanos míos , (añade San Juan Chrisostomo) no nos lisonjeemos , ni nos gloriemos delante de Dios de otro merito , que de renunciar à nosotros mismos , y à las pasiones de nuestro corazon ; pues fuera de este merito , nada hay en que podamos afianzarnos ni asegurarnos. Ello es cierto que ha habido religiones , ó mas bien supersticiones , igualmente severas , y aun mas rigurosas que la Ley Christiana respecto de la mortificacion del cuerpo : y aun si quisiésemos ponernos en este punto à hacer paralelo con algunas sectas del Paganismo , puede ser que encontráramos en ella motivos que causarán nuestra confusion , pues vemos en medio de la infidelidad abstiniencias y austeridades , à las que no sé si nuestra delicadeza se sujetaria alguna vez , aun suponiendo que Dios vino à exigir las de nosotros ; pero la diferencia que ha habido , y habrá siempre entre nosotros , y estos partidarios de la severidad pagana , es que quando estos se han obligado por profesion à mortificar su carne , se han entregado en lo demas à los deslices y desordenes de sus pasiones , haciendo poco caso de estar sujetos à las observancias mas rigurosas , con tal que puedan abandonarse à sus deseos ; y acomodandose sin trabajo alguno à una ley , que por mas penosa que sea , no condena ni reprueba por otra parte las inclinaciones viciosas de su corazon.

Este era el caracter de todos los que seguian estas severas leyes del Paganismo , lo que ellos mismos llegaron à conocer ; pues no tenemos mas que leer sus obras , y ver los retratos que nos han dexado de estos hombres severos ,

corrompidos por el espíritu mismo, y por los principios de su pretendida religion. Qué ha hecho, pues, la Ley Christiana? Corregir el desorden de esta severidad, y en lugar de esta excesiva mortificacion de los cuerpos, se ha contentado con una severidad proporcionada á nuestra flaqueza, y arreglada á razon, y ha emprendido reformar el corazon. Este era el punto mas difícil, pero sin disputa tambien era el mas necesario; y para reformar este corazon como debia hacerse, le ha profundizado, y descubierto (segun la figura de San Pablo) hasta las junturas y medulas; le ha purificado de varios humores malignos que en él se engendraban, sin que él mismo lo conociera; y le ha araucado todo el veneno que la corrupcion de la concupiscencia hacia que por él corriese y se derramase. A esto se ha dirigido y se ha dedicado la Ley Christiana, no habiendo en este punto tenido indulgencia alguna, y no habiendo relajado su severidad; porque se ha arreglado á este principio (igualmente autorizado por la razon y por la fe) de que una severidad inflexible es el remedio mas eficaz para sanar las enfermedades del alma. En esto, Señor, debemos reconocer que vuestra Ley es la verdadera Ley; porque de qué nos hubiera servido cortar las ramas, si aun permaneciese la raiz? Con qué ojos nos hubierais mirado, aunque en el exterior estuviésemos blancos como los sepulcros, si en el interior estuviéramos llenos de podredumbre, de malicia y de iniquidad? Vos, ó Dios mio, que no haceis juicio del hombre sino por su corazon, no teniendo nosotros sino un corazon corrompido, infestado, y lleno de pasiones, cómo hubierais podido sufrirnos y tolerarnos? Era forzoso, pues, renunciar á este corazon; y en esta renuncia es en lo que vuestra Ley nos ha parecido severa; pero sin esta severidad pudiera ser tan santa como es; ni pudieramos nosotros tener alguna cosa que nos mereciese vuestra estimacion, sin que renunciásemos á lo que eramos, no siendo mas que flaqueza y corrupcion, y aun confesando nosotros mismos ser la ley de la pasion la que nos dominaba?

Supuesto todo esto, Christianos, no me admiro de que el Hijo de Dios tan continua y claramente haya ma-

ni-

nifestado su oposicion á la severidad de los Fariseos; pues estos baxo el velo de severidad ocultaban las pasiones mas fuertes y violentas, valiendose de su severidad para conservarlas y satisfacerlas. Qué envidia no agitaba interiormente su corazon contra este Hombre Dios, quando le veian hacer tanta multitud de prodigios, y que todo el Pueblo le aclamaba y le seguia? Por esto le aborrecian, le desacreditaban, le calumniaban, le afeaban todas sus acciones, y las desfiguraban. Estos hombres tan severos no formaban el menor escrúpulo de los resentimientos mas amargos y enconados, de las aversiones mas envejecidas y radicadas, de las persecuciones mas injustas, de las venganzas mas crueles, de las murmuraciones mas graves, y de los testimonios mas falsos é infames; y la razon de todo este injusto modo de obrar, era que les faltaba la primera y esencial severidad, cuyo principal influxo debe ejercitarse en el corazon, reprimiendo en él sus movimientos desordenados. Pero qué digo? Bien lejos de hacer escrípulo alguno por nada de quanto les sugerian sus delinquentes pasiones, se hacian de ello otras tantas obligaciones de piedad, y empleaban su severidad en satisfacer sus mas crueles furores: porque si tenian tanto interes, y se manifestaban tan zelosos de la antigua disciplina, y de las observancias de sus Padres; si respetaban, ó parecia que veneraban á Dios hasta tener por culpa que el Sábado, que especialmente le estaba consagrado, se emplease en sanar enfermos; si dudaban, ó daban á entender que dudaban, si se debia pagar el tributo al Cesar; y si manifestaban tanto zelo por el honor del Templo, y por la ley de Moysés, era solo por tener ocasion de acusar al Salvador del mundo; era para ponerle lazos, y hacer que diese alguna respuesta de la qual pudieran valerse contra él mismo; era para condenar á sus Discipulos, y con los Discipulos el Maestro; era para poderle delatar á los Jueces como á un hombre perjudicial, y de perniciosa doctrina, como á un sedicioso, como á un enemigo de Moysés y de su ley, y como á un hombre que intentaba destruir el Templo de Dios: todo esto lo hacian á fin de hacerle prender,

Dd 2

de

de examínarle, y de crucificarle, y en una palabra, á fin de oprimírle y perderle. Consiste en esto la severidad tan religiosa, y regular en la apariencia? Es solo severa para formar semejantes maquinaciones, concebir tales designios, y executar tales proyectos? Ah Christianos! qué no debe esperarse de un corazon dominado de la pasion? Y qué no sabe executar, ó por mejor decir, qué no sabe profanar para conseguir todo lo que quiere?

Es verdad que son severos, pero tienen en lo interior del alma una aspereza, que nada puede suavizarla, conservando en ella un mortal veneno de odios implacables, y de enemistades irreconciliables que á nadie perdonan. Es cierto que son severos, pero conservan y mantienen aversion contra aquellos que no están á su favor; á estos los mueven disensiones, los persiguen con pasion, nada les perdonan, y todo lo que dimana de ellos lo hacen odioso con falsas interpretaciones. Es verdad que son severos, pero no dexan pasar ocasion alguna de lastimar y herir al proximo, y de hablar mal de él. La ley de Dios nos prohibe ofender la reputacion de un particular, pero por un secreto que el Evangelio no nos ha enseñado, se pretende sin separarse de la estrecha moral que profesan, poder atribuir á muchas personas imposturas y falsedades repugnantes. Son severos, es verdad; pero son delicados hasta el extremo en lo que mira al honor; buscan el fausto y ostentacion hasta en las mas santas obras, afectando en ellas una singularidad que los distinga; se dexan poseer de una ambicion que á todo se estiende, y que nada olvida por conseguirlo; son caprichudos en sus pensamientos é ideas, fastidiosos y melancólicos en su trato, asperos en sus palabras, impíos en sus decisiones, altivos en sus ordenes, furiosos en sus enojos, y molestos é importunos en toda su conducta; y lo mas lamentable es, que se persuadan á que en esto mismo que es tan reprehensible hacen un gran servicio á Dios y á su Iglesia, como si fuesen expresamente enviados en estos ultimos siglos para hacer renacer la disciplina de los primeros, para corregir los abusos que imaginan se han introducido en la direccion de las conciencias, y para se-

pa-

parar la zizafia del buen grano, verificandose de este modo lo que el Hijo de Dios predixo á sus Apostóles: *Venit hora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se prestare Deo.* (a) Pero hermanos mios, no es este el modo de obsequiar á Dios ni á su Iglesia; esta se hallaria mucho mejor servida, si estuviera mejor edificada con buenos exemplos, y estaria mas bien edificada si estuviera llena de Christianos mortificados de corazon; y moderados en sus pasiones; si él fiel que está unido á los demas por el estrecho lazo de una misma fe, no derramase tanta amargura y tanta hiel sobre los demas que son tan fieles como él, y muchas veces mas: si el Sacerdote despues de haber sacrificado en el Altar al Dios de la Paz, no fuese á sembrar discordias; si no se ocupase tanto en hablar mal de estos, en murmurar de aquellos, en injuriar y desacreditar personas que no le agradan porque no se aviene con ellos, y porque los mira como obstáculos á los designios que ha formado. Ved en lo que la severidad debia emplearse: en portarse con mas arreglo, con mas afabilidad, con mas modestia, y con mas dulzura. Tambien debia emplearse en impedir algunos movimientos impetuosos, en evitar discursos arrebatados é injuriosos, en adquirir sobre sí mismo un absoluto imperio para obrar siempre segun la religion, segun la razon, y nunca segun la pasion. En esto podia adquirir grandes triunfos y victorias la severidad; pues una pasion que combatese le costaria mil veces mas dificultad y trabajo que qualquiera otra mortificacion que practicase.

Concluylamos con la importante doctrina que Dios daba á su Pueblo. Ellos, ayunaban, cubrian sus cuerpos de silicios, y rasgaban sus vestidos, pero el Señor les decia; qué importa que me deis todos estos testimonios de exterioridad, si en ellos solos confiáis? Mas que no rasgueis vuestras vestiduras, como quebranteis vuestros corazones: *Scindite corda vestra, & non vestimenta ves-*

ves-

(a) Joan. 16. v. 2.

vestra. (a) Asi hemos de andar por el camino estrecho del Evangelio, que siendo asi, estoy conforme con vosotros, y á esto os exhorto. Yo sería un prevaricador si intentára persuádirlos á que siguieseis un camino ancho, que conduce sin duda alguna á la condenacion; pero tambien es forzoso advertir, que no nos hemos de engañar en lo que el Evangelio llama *camino estrecho*, no sea que procurando evitar un escollo vengamos á dar en otro. Seguir el camino estrecho del Evangelio, es reformar su corazón, y renunciar á sus pasiones. Y esto no debe entenderse de las pasiones y afecciones humanas tomadas en sí mismas, sino de nuestras pasiones propias y de cada uno; porque todas las pasiones no son nuestras, y solo contra las nuestras tendremos bastante que trabajar, y en que exercitar la severidad christiana. Si algunas pasiones no advertimos en nosotros, es decir, si algunas no nos incomodan ni combaten, ni jamas hemos sentido los efectos, sería un error el que quisieramos sacar de esto ventaja alguna, ni lisonjearnos de que eramos severos porque estamos libres de un enemigo que jamas nos ha acometido. Este es un error, pero con todo es muy comun; pues se tiene por un merito grande el estar esento de las pasiones de los demas, sin trabajar en libertarse de las propias, que es en lo que consiste la verdadera severidad. Seguir el camino estrecho del Evangelio, es no solamente renunciar á sus pasiones, sino á todas ellas; porque una sola basta para corromper el corazón, para hacerle licencioso, y por consecuencia infalible para condenarnos. Yo sé, hermanos míos (decía San Bernardo á sus Religiosos) que todas las pasiones están en vosotros apagadas; pero si no obstante conservais en vuestro corazón esta desgraciada é infeliz pasion de murmurar, y de decir mal del próximo, en vano trabajais por llevar una vida austera y penitente; pues toda vuestra severidad no será mas que un fantasma. Seguir por el camino estrecho del Evangelio, es renunciar principalmente á la pa-

(a) Joel 2. v. 12.

sion dominante. Vosotros, Christianos, la conoceis muy bien; y contra ella se debe comunmente emplear toda vuestra severidad; porque mientras ella domine, será el principio de todas vuestras obras. Ella os engañará unas veces con sus artificios, y otras os arrastrará con sus violencias, sin que haya extravió ó desorden á que no os conduzca. Ah, ¡amados oyentes míos! No sigamos este ancho camino que las pasiones nos presentan, porque este es el camino ancho de la perdicion; y entre la razon y la pasion hay por lo regular una distancia muy corta, y entre la pasion y el pecado la hay mucho menor. Obremos en todas nuestras deliberaciones, en quanto nos fuere posible, contra el torrente de la pasion, negandonos antes á lo que nos es permitido, que exponiendonos al peligro de permitírnos lo que se nos prohibe; y porque ciertas pasiones tienen apariencia de virtudes, ó porque ciertas virtudes degeneran facilmente en pasiones, desconfiemos de ciertas virtudes, que por lo comun son verdaderos vicios. Desconfiemos de ciertas justicias, que por lo regular no son sino injusticias grandes, y desconfiemos de ciertos zelos y severidades, que las mas veces vienen á ser iniquidades crueles. Finalmente, porque nada hay mas difcil que discernir en sí mismo lo que es pasion, y lo que no lo es, y porque esta distincion es la que dá á nuestro corazón la ciencia y el conocimiento, velemos con el mayor cuidado sobre nosotros mismos, y juzguémonos con el mayor rigor y exactitud. Siguiendo estas reglas caminaremos con seguridad, y llegaremos al termino de la felicidad eterna que os deseo.